

ACTO PARA MUJERES

DORA INÉS RESTREPO *

La primera vez que la vi en persona, ella estaba sentada en las escaleras del Conservatorio, recuerdo que me sorprendió mucho verla allí sentada en el suelo como una estudiante más, con su bastón al lado y con la actitud de quien espera a alguien en medio del tedio, pero en un espacio que le es totalmente familiar.

En cuanto la vi, vinieron a mí imágenes de sus personajes como la Negra Sacramento en la telenovela “La Marquesa de Yolombó” y la Bruja en “La Pezuña del Diablo”, personajes que quedaron en mi memoria desde la infancia quizás por la perfección en la construcción de los mismos, capacidad adquirida en el rigor de la creación y de la interpretación en el teatro.

*Docente Facultad de Artes Escénicas
Profesional Investigaciones Instituto Departamental de Bellas Artes.

Texto basado en entrevistas realizadas por la autora y por Gladys Virginia Rebellón y Adriana Rodríguez.



Cuando por razones laborales tuve ocasión de tratarla personalmente, fue creciendo en mí el sentimiento de admiración; y no solamente por ella como figura pública, por ser una persona famosa o por ser una gran artista, sino por su condición de mujer emancipada: una mujer que seguramente en su época no pensaba en términos de lo que ahora se llama “género”; y sin embargo vivió la vida de tal manera que hubiera sido la envidia de las más enconadas feministas europeas.

Y es que a finales de la década de los cincuenta, en Colombia entera y con mayor razón en Cali, nadie pensaba en términos de género o de la oposición machismo-feminismo; seguramente para entonces todavía se creyera que tal como estaba, era el orden natural de las cosas. Por entonces, Cali era una pequeña población con pretensiones de centro industrial, lo cual empezaba a generar importantes movimientos migratorios —entre otros acontecimientos— hacia la capital del joven departamento del Valle del Cauca. En el aspecto cultural había un importante consumo de cine (sobre todo de cine mexicano),

había en la ciudad una veintena de salas de cine, las cuales mantenían una activa programación durante todos los fines de semana. Así mismo como medio de diversión y comunicación era muy importante la radio como medio de información, lo que se explica recordando que la televisión sólo aparecería hacia 1956, y pasarían muchos años antes de la

masificación de los aparatos de televisión en los hogares caleños.

En ese medio caleño creció Yolanda García, una mujer de corta estatura, de difícil caminar, pero con una fuerza interior que se percibe simplemente al escucharla contar mil historias de su paso por Bellas Artes, por el Teatro Escuela de Cali, de su admiración y profunda gratitud con

Enrique Buenaventura, de la relación con sus compañeros Guillermo Piedrahita, Helios Fernández, Danilo Tenorio, Aída Fernández, entre otros. Me Resultaba fascinante escuchar de su propia voz —con la seguridad de quien vivió y no se arrepiente— esa historia de cómo desde niña estudió en Bellas Artes,



Archivo: Y. García

cómo desde pequeña siente una fuerte atracción por el arte en general y por el teatro en particular y cómo años después volvió allí para convertirse en una de las actrices de la primera compañía oficial del país:

“Yo llegué a Bellas Artes cuando tenía seis años a estudiar música. Estudié cinco años, durante toda mi primaria. Todos los días a las cinco de la tarde venía a estudiar música y danza. Fuera de eso yo hacía teatro en el colegio donde estudiaba... Después me fui a estudiar a la Normal Nacional de Cali, y allá seguí pues más o menos vinculada con Bellas Artes. Toda mi vida pensé que quería hacer teatro y me fui a Bogotá a la Escuela de Teatro del Distrito que la dirigía Fausto Cabrera, con Pepe Sánchez, Santiago García, Carlos José Reyes, América Silva, todos los que estaban haciendo teatro.

Pero nos echaron de esa Escuela a todos porque hicimos una huelga para defender a los profesores y nos echaron a profesores y alumnos. Cerraron la Escuela. Ese momento coincide con el Primer Festival de Teatro de Bogotá, en el año 1957. A ese festival va Enrique Buenaventura con la Escuela de Teatro de Bellas Artes y dos obras: la primera versión de



“A la Diestra” y *“El sueño de una noche de verano”*... yo me entré a ver las funciones, ambas obras me parecieron muy buenas. En ese año ellos se ganaron varios premios: mejor obra —A la Diestra—, mejor actor —Luis Fernando Pérez— y mejor libretista —E. Buenaventura—”.

Buenaventura y Yolanda se conocían desde Cali, en el encuentro en el Festival en Bogotá, Enrique la invita a volver a Cali a hacer Teatro “al otro día estaba en mi casa”. Ante el impedimento de los estatutos de la Escuela de Teatro, según los cuales no podía llegar directamente a la actuación, el maestro la encamina por los múltiples oficios que convergen en el hacer teatral, y tal vez fue lo recio de su carácter, el amor

por el teatro o el ímpetu de su vitalidad, que la llevaron a tomarse muy en serio su nuevo rol:

“Yo empecé a estudiar en la Escuela y a trabajar. No podía ingresar al grupo a actuar en el primer año porque había unos estatutos los cuales decían que una persona que aparecía, no llegaba así no más a ser actriz. Enrique, para que no me fuera a aburrir, ni me fuera, me puso a trabajar en tramoya; lo cual me ha servido a través de toda mi vida. Trabajé en tramoya, yo me subía al puente, decoraba telones, pintaba, templaba telones, todo lo que se hace en escenografía. Cuando terminaba la temporada, yo trabajaba en la descolgada de todo, aparte de eso no había en ese momento una organización del vestuario, de quién lo manejara, entonces yo me metí. Yo agarré el vestuario y la utilería bajo mi tutela. Yo guardaba lo que era todo el vestuario, todo el maquillaje, los sombreros, las pelucas, por mis manos tenía que pasar todo lo que fuera a salir... yo me montaba en una carretilla, por ejemplo, de caballos para recoger la ropa que nos regalaban las señoras ricas de Cali. Esos vestidos después nosotros los arreglábamos y nos servían, y los sombreros y las carteras, y los zapatos y las pelucas y la utilería, y el bastón y las sombrillas. Yo salía a recoger esas cosas, lo mismo que a recibir donaciones de madera, de triplex.”

Con todo, su decidida entrega al arte del teatro no era suficiente para resolver los asuntos básicos de la vida diaria, las presiones familiares le hacían sentir la necesidad de aportar económicamente, pues comenzando la década de los sesenta, la mujer en Cali comienza a tener una vida pública productiva, económicamente hablando, las mujeres

en la calle son secretarias, telefonistas, maestras... y actrices:

“Fernando Pérez y yo teníamos que salir toda la semana a repartir las boletas y los afiches en sindicatos y colegios y los viernes ir a recogerlas porque nosotros no podíamos trabajar ya, no teníamos tiempo. Yo era maestra graduada y tenía unos problemononones en mi casa porque no trabajaba en nada. Ellos consideraban que esto no era trabajo, entonces teníamos que resolver ese problema y fundamos el grupo de teatro infantil “Arlequín”, que era independiente de Bellas Artes”.

Con Arlequín hacían dos funciones los domingos, fue tal la acogida de estas funciones que hay quienes aún recuerdan sus idas a matiné dominical al Teatro Municipal cuando eran niños. Era pues, más que un intenso ritmo de trabajo, un beberse la vida a bocanadas, un privilegio que tal vez aún no soñaban conquistar la mayoría de mujeres colombianas; como referente recordemos que por ese entonces, hacía muy poco tiempo la mujer había llegado a la categoría de ciudadano; tenía derecho a ejercer el voto.

Pero Yolanda García se adelantaba a pasos agigantados a su tiempo, al modelo de “la buena mujer” de esta cultura, haciendo suyas libertades prohibidas para el género femenino:

“Yo me le volaba (a Enrique) del hotel en Medellín o en Bogotá, mi novio me iba a visitar donde yo estaba. A uno no lo dejaban salir de noche del hotel. Entonces yo acostaba la

almohada y me le volaba, y para volver a entrar a la madrugada era un camello. Más bien me quedaba en la calle hasta que amanecía y decía que venía de misa. Enrique me decía: ve y vos por qué madrugaste tanto, él sabía que yo era callejera. El lo cuidaba mucho a uno”.

“En 1958, 1959, ¿quién te iba a creer a tí que tú te ibas y venías a las 5:00 A.M. de ensayar teatro?, no te creía nadie”.

Esta es la reflexión obligada para las mujeres actuales que se preguntan por las condiciones de existencia de la mujer, la pregunta que surge entonces es en torno a ¿cómo veía la ciudadanía a mujeres que se atrevían a disfrutar de la vida y el arte de esta forma?, ¿cómo veía una pequeña ciudad del interior del país, a unas jóvenes mujeres que vivían el arte y la vida intensa y libremente?, ¿cómo soportaban ellas el juicio social tan pesado por aquella época?

— Yolanda, ¿cómo veía Cali a las mujeres del TEC?
— Ah hija, según la gente, ¡éramos unas putas!

Acto seguido, con un inconfundible acento valluno me cuenta una anécdota cuando alquiló un apartamento sobre la Cra 1ª para estar más cerca de Bellas Artes una madrugada cualquiera, tal vez a eso de las 3:00 a.m., llegaba de un ensayo, y de una puerta entreabierta un anhelante vecino subrepticamente la llama: “psst, psst...” “Le dije su poco y al otro día le puse la queja al administrador para que me respetara”.

Las relaciones al interior del TEC al decir de Yolanda eran muy buenas:

“con sus correspondientes peleas de mocosos: yo por ejemplo peleaba mucho con Aída

(Fernández) porque me jodía mucho por la ropa, porque me ponía una batica nueva y ella me decía que eso no me quedaba bueno, porque a uno no lo dejaban engordarse un kilo y yo siempre he tenido mucha tendencia a engordar”.

“Fanny me decía: estás como gorda. Yo le decía: a vos qué te importa, no seas tan sapa, no te metás en lo que no te importa. ‘No ves que viene el estreno y cómo te va a quedar ese vestido... ‘pues me pongo faja’. Y tenía una pelea porque yo tenía un kilo de más”.

Para Yolanda, peleas como esta eran normales al interior de un grupo que por las dinámicas de su actividad, tenía que pasar tanto tiempo junto, considera que eran como hermanos y Enrique Buenaventura era el papá.

Ampliando un poco más el grupo, al interior de la Institución se daban relaciones enriquecedoras con las otras escuelas, la de danza, la de artes plásticas, el Conservatorio, y así es como artistas que hoy figuran en la historia del arte en el país, trabajaron en las escenografías de los montajes del Teatro Escuela, artistas como Enrique Grau y Pedro Alcántara en el diseño del vestuario y la escenografía de “Edipo Rey”, Antonio Roda en la escenografía de “La discreta enamorada”, Hernando y Lucy Tejada en “A la Diestra de Dios Padre”, también se trabajó con coreografías del maestro Giovanni Brinatti.

En diciembre de 2003, radiante de felicidad envuelta en toga y con birrete, Yolanda García recibe su título de Licenciada en Arte Teatral de la Facultad de Artes Escénicas de Bellas Artes, como un reconocimiento a su trayectoria artística y

pedagógica en el Arte Teatral, más de cuarenta años yendo por el País (Medellín, Barranquilla, Bucaramanga, Bogotá, etc) haciendo lo que “tenía que hacer”, actuando, dirigiendo, enseñando teatro, haciendo televisión, cine. La historia de vida de Yolanda García es un testimonio de la evolución del teatro profesional en Colombia, así como un ejemplo excepcional de una mujer que gracias a su carácter, pero sobre todo gracias a su profunda vocación artística, se adelantó a su tiempo y pese a todo lo que

culturalmente estaba establecido para la mujer, —para ser buena madre y esposa—, ella dejó de lado todo lo que le impidiera entregar la vida al teatro.

“Yo siempre digo que para mí hacer teatro no es una carrera, no es una profesión, no es un *hobby*, es una razón de existir. Yo no podría haber hecho nunca nada mas como hasta hoy. Todavía sigo haciendo teatro, todavía sigo haciendo televisión, todavía sigo haciendo muchas cosas, pero nada que no sea mi oficio”.



Archivo: Y. García